

LIBROS

Jack London, superhombre

Los manuales de literatura norteamericana no suelen dedicar mucho espacio a Jack London, a lo sumo despachan el artículo con cuatro lugares comunes sobre el socialismo, el **best-seller** y la lucha contra la dipsomanía. Y sin embargo, London es un narrador vigoroso, cien veces más destacado que otros mitos nacionales del **best-seller** y el alcoholismo, como Hemingway o Fitzgerald. Los historiadores norteamericanos desconfían, por principio, de los escritores confesadamente socialistas. En especial cuando se trata de millonarios despilfarradores, envueltos en turbulentas historias de alcohol y uremia, como London. La descomunal residencia californiana de London (la "Casa del Lobo" se llamaba), ardió simbólicamente antes de ser estrenada. London no podía soportar la lluvia de millones que sus relatos producían. El azar se aliaba a su culpabilidad, para que en ningún momento pudiera ser acusado de especulador. Ser rico, en la mitología de London, era como ser viejo.

Los relatos de Jack London son de una transparencia, de un candor admirables. La selección que acaba de publicar Alianza (1), que viene a ser la ya célebre de Eugene Burdick, con un par de cuentos cambiados, da una idea muy acertada de los dos mundos fundamentales del escritor: el frío, Alaska, el Yukón, el Hudson, el mar de Bering; y el calor, la Micronesia, el Pacífico tropical, Haway, las Paumotu, los atolones coralinos y las lagunas periferas. London es un escritor somero y eficaz, de cuentas claras: el Norte y el Sur, el mal y el bien, el fuerte y el débil, el joven y el viejo. ¡Qué refrescante resulta volver a las fuentes maniqueas, simples, claras y de ojos azules! El determinismo de **Por un histec**, devuelve a una olvidada moral de adscripción en la que la astucia no sirve para nada. Gana siempre el mejor.

El socialismo de London es otra idea sencilla y clara. Es evidente que uno **tiene** que ser socialista. Sólo una operación mental compleja puede apartar a un buen tanto por ciento de la población de las filas socialis-



Jack London.

tas. Pero ello es debido a que esa operación viene propiciada por cerebros aún más retorcidos, que actúan insidiosamente desde fortalezas electrónicas o teológicas. De no ser así, todo el mundo sería socialista, porque lo fue desde su creación. Y London era todo el mundo, era sencillo como Adán (o Edén), nunca vio televisión y tenía un barco. De modo que era socialista, era su obligación. Que su socialismo no coincidiera precisamente con los idearios marxistas que él creía compartir, importa bien poco. De hecho, aunque London se tomaba por socialista, lo que en verdad era es darwiniano. Pero su darwinismo también era sencillo y simple: hay fuertes y débiles, como hay ricos y pobres. Siempre gana el fuerte, siempre gana el rico. Pero en la lucha por la supervivencia se inventan estrategias que a veces quebrantan el encadenamiento fatal: como en el caso de ese ingenio darwiniano-marxista que es el esquimal de **La historia de Keesh**.

Y también es cierto que London era nietzscheano, pero de un modo limpio y sin doblez: el superhombre es lo que importa, y lo demás son músicas celestiales. Una vez más, lo preponderante es la biología, el darwinismo, pero a la manera de un ilustrado, de un dieciochesco, de La Mettrie. London había pasado hambre, había pasado frío, había soportado huracanes, terremotos y, sobre todo, infinitas borracheras que dejaban en su alma de hijo de astrólogo un regusto de culpabilidad. Porque no quería beber, no por obedecer a una moral

de la decencia, sino porque es malo para la salud (y así lo dice con respecto a ese increíble indio romano, epicúreo emplumado que es el padre de El-Soo en **El ingenio de Porportuk**). Sólo una cosa cuenta: que la máquina funcione, que el corazón bombee, que las venas no se hinchen, que los dedos no se congelen. El único problema es la supervivencia, y la joya de esta antología, **Amor a la vida**, es un himno a la perseverancia, al superhombre sencillo, al eslabón débil de la cadena, al proletariado mundial, a todos los resistentes, al cuerpo humano, que, como ya dijo Hitchcock, es una de las cosas más difíciles de matar.

Se trata de aguantar. Aguantar el frío, cuando deja de ser una sensación familiar para convertirse en una amenaza que tiene voluntad propia, alma; aguantar el huracán, cuando el viento deja de ser algo cotidiano y se convierte en un monstruo que juega con sus víctimas con auténtico humor; aguantar el hambre, cuando ya no es **apetito**, sino locura exterior al estómago, locura del mundo; aguantar la tortura, aguantar la venganza, aguantar, soportar, resistir. ¿No será London el primero en ver —todavía bajo un disfraz animista— la fuerza colosal que iba a aplastar, hasta hoy, al héroe novelesco? ¿No es el primero en dibujar el arquetipo del resistente solitario? Esos pilotos explotados, esas mujeres preñadas que cruzan medio continente, esos negros pacientes y tenaces de Faulkner; o esos viejos duros y concienzudos, esos cazadores estoicos de Hemingway; esos detectives apaleados y burlados de Hammett; ¿no están ya esbozados de una vez por todas en los soberbios relatos de London? Y de un modo opuesto a los héroes de Stevenson o Conrad, pues lo que les sostiene no es la inteligencia o el honor, sino la consistencia misma de los músculos, de los tejidos, de los nervios... de la máquina.

El huracán, el hielo, el hambre perderán su alma. En una sola generación, la amenaza ya no será cosa de la Tierra; la amenaza será el cromosoma invisible, pero negro, de la herencia, Hollywood, o el hastio. Bastará otra generación para que tras los fenómenos cósmicos de London se sienten los escalofrantes miembros de un Consejo de Administración absolutamente anónimo. Cuando la vida la quebraban el viento, la temperatura o los lobos, el resistente moría acompañado, en familia; pero cuando la vida la quebraban una firma, un tampón y un cálculo matemático, la so-

ledad es infinita y ese **Silencio blanco** parece un coro de ángeles. ■ FELIX DE AZUA.

Psiquiatría y marginación

La ideología de la marginación ha sido creada como un sistema amplio, cómodo y útil de defender una sociedad opuesta al cambio. Incapaz de someterse, o de aceptar críticas a sus fundamentos, ha ido convirtiendo este término en "cajón de sastre" donde incluir enfermos físicos y mentales, discriminados de tipo social y, en definitiva, a todo aquel —según el matrimonio Basaglia (1)— que no es capaz de ofrecer un rendimiento a la sociedad "democrática capitalista" en que vive. Absorbiendo los elementos asociales, los encierra en instituciones manicomiales, o crea algún otro sistema de control que oculte cualquier problema de base sociológica. Se institucionaliza el término, se comercia con él, y se le busca un lugar en la nueva ciencia socio-



Franco Basaglia.

lógica, que es capaz de organizar "rastros" antropológicos sobre la por ella llamada "cultura de la pobreza", la clasificación de estos sectores entre pobre/pobre o pobre/rico. Olvidar el problema, en definitiva, sustituyéndolo por algo anecdótico y curioso.

En el aspecto médico, la psiquiatría burocrática colabora activamente con la justicia, mediando en los problemas de orden público. El internamiento manicomial viene siendo un método habitual de esconder y controlar individuos disconformes, inadaptados o sociales. El

(1) Franco y Franca Basaglia. La mayoría marginada. Editorial Laia. Barcelona.

(1) Jack London. **El silencio blanco**. Alianza, 1978. Trad. Carmen Criado.